

Justo Navarro

Petit Paris



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Justo Navarro

Petit Paris



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

They have found that the fountain of youth Is a mixture of gin and vermouth.¹

COLE PORTER, *Paris*, musical, 1928

Si l'on est deux, il y a un traître. Pourquoi croyez-vous que j'ai choisi la solitude? (*Rires*)... Le commerce avec les hommes est très dangereux.²

JEAN-PIERRE MELVILLE a Rui Nogueira,
en *Le cinéma selon Jean-Pierre Melville*

We few, we happy few, we band of brothers.³

SHAKESPEARE, *Henry V*, IV, 3

I. Granada-París

Cuando el lunes 22 de marzo de 1943 el comisario Polo llegó a París, el hombre al que buscaba llevaba muerto siete días. Lo encontraron deshecho, arrollado por un tren en la gare d'Austerlitz, en las vías que van al sudoeste de Francia, hacia la frontera con España, y no era ya el individuo de la foto que enseñaba Polo: había cambiado de nombre y de nacionalidad.

No era el primer viaje de Polo a París. Hubo un primer viaje que duró siete meses, empezó apenas sin maletas y acabó en un sanatorio. El 13 de septiembre de 1940 había salido de Madrid en un tren especial: el ministro de la Gobernación y su séquito iban a Berlín a ver a Hitler.

Polo no formaba parte de lo que el ministro llamó personal decorativo del convoy. Acompañaba al general jefe de la policía, y el general le pidió en Hendaya, por sorpresa, que se quedara en París. La estación de Hendaya era impresionante: esvásticas, los soldados de la Ehrenkompanie que rindió honores al ministro, voces de mando en alemán y música mientras la ciudad en silencio cerraba las ventanas. Polo recibió la petición del general jefe como una orden. No iría a Berlín. No vería el autómata eléctrico del Reichssicherheitshauptamt, el organismo central de la seguridad del Reich: la máquina de Best-Mehlhorn, un fichero con 500.000 expedientes sobre individuos interesantes desde un punto de vista policial. Electricidad, velocidad y precisión: el operador dispone del dato requerido con solo pulsar una tecla.

El instinto tecnológico de Polo era notorio. Pero, con estudios en ingeniería de telecomunicaciones, se quedaría por el momento sin verificar empíricamente la potencia real de la máquina de información alemana.

Como si hubiera activado el fichero del Reichssicherheitshauptamt, el general examinó el expediente funcional del comisario. Polo tenía más de sesenta años. Se acercaba a la cumbre de su carrera al servicio de la Seguridad del Estado: la jubilación. No estaba a mitad del camino de la vida, sino, como máximo, a mitad del final. En 1936 había guiado en Granada a un enviado especial del Caudillo Generalísimo. La misión cumplida en 1936 seguía siendo secreta, y ese aspecto enigmático añadía intensidad al halo de prestigio que

iluminaba al comisario. Con algo de monstruoso (medía dos metros), Polo daba la impresión de amparar a quienes estuvieran con él. Era todo ojos para abarcar el mundo visible e invisible, todo oídos para percibir sus voces, o esa sensación producía. Die Beichtväter-Feinheit, la sutileza de los padres confesores, fue la cualidad que le atribuyó en París el Standartenführer de las SS.

¿Qué misión lo esperaba en la Francia germanizada? De septiembre de 1940 hasta abril de 1941, cuando casi murió de pulmonía, se dedicó a captar soplones, canarios que cantaran como radios, republicanos españoles en fuga, desesperados, acosados por la policía española, la policía francesa y la Gestapo, amenazados incluso por sus viejos camaradas. Buscaba a antiguos burócratas de la Dirección General de Seguridad de la República derrocada, hombres de Estado deseosos de volver a servir al Estado, aunque fuera el Estado del Orden Nuevo, a las órdenes del Caudillo Generalísimo: lo Stato totalitario, lo Stato per eccellenza, il vero Stato, der totale Staat! El italogermanismo estaba de moda.

En el otoño-invierno de 1940 Polo se equipaba de colaboradores en Francia como un miope astigmático y sordo que necesita unas gafas para ver mejor y un audífono para afinar el oído. Empezó a oír voces: fugitivos rojos compraban salvoconductos y pasaportes falsos, visados falsos expedidos en negociados franceses auténticos y verdaderas embajadas centroamericanas y sudamericanas, pasajes en barcos que esperaban en Marsella para pasar a los huidos al otro lado del Atlántico. Vio dinero, joyas, obras de arte en el fondo de las maletas: París era aún más impresionante que la estación de Hendaya.

2

Y al cabo de poco más de dos años, el 22 de marzo de 1943, por la tarde, cansado como si llevara tres días en una ciudad turística, Polo se vio otra vez en París, en un salón demasiado lleno de cosas: floreros sin flores, mobiliario variado, una escafandra, columnas de libros encuadernados en piel, alfombras enrolladas, una armadura, una pantalla de rayos X, doce cajas de botellas de vino, lámparas y estatuas, una vitrina con instrumental médico, cuadros de tres siglos en el suelo y en las paredes; un tesoro, el caos provisional de una mudanza. Hasta en la chimenea había de todo menos fuego. Funcionaba la calefacción. Aquel desorden opulento armonizaba con el excelente traje del inquilino de la casa y le hablaba a Polo de cómo le había ido en París a uno de sus más eficaces colaboradores de 1940 y 1941.

Al abogado Luciano Bernard, antiguo funcionario de la República, su permanente espíritu de servicio lo había llevado en el Orden Nuevo a cooperar con el Consulado General de España en París y, por pura pasión profesional, con la Sûreté, con la Gestapo y con la SiPo. Pero el 22 de marzo de 1943 Bernard estaba triste. El comisario Polo había ido a París a enseñarle unas fotos de su malogrado amigo y socio Matthias Bohle. Bernard y Bohle habían compartido aquel apartamento de seiscientos metros cuadrados en el que habían todos los tesoros del mundo, y ahora Bohle estaba muerto, un imprevisto absurdo, un tren, al que se había tirado sin ningún motivo un lunes.

A Bohle, según Bernard, todo le iba bien cuando se mató.

Hacía mucho frío en el Hôtel Sport de Grisolles, a treinta kilómetros de Toulouse, el día de noviembre de 1940 en que Polo conoció al abogado Luciano Bernard, un hombre que había sido fuerte y volvería a serlo, se le notaba en el porte, aunque en ese momento tiritara de fiebre y la nariz le goteara como las ramas heladas de los árboles. El comisario invitó a coñac. Y, antes de que Polo le pidiera u ofreciera nada, exigió Bernard, tosiendo, como delirando: quería irse de Grisolles, quería una casa en Toulouse y un salvoconducto para moverse por la zona libre. El dinero, en principio, era secundario. ¿Necesitaba Polo un informante? Nadie va a informar ni a enterarse de mucho recluido en Grisolles, dijo Bernard. Bajo el miedo a ser detenido a la hora menos pensada o a morir de un enfriamiento, el abogado conservaba una indestructible capacidad de mando y decisión.

Polo no le buscó casa en Toulouse. Se lo llevó a París, donde quedaban algunos refugiados importantes con papeles falsos, y Bernard no escogió mal a sus amigos. Si vestía en Grisolles un traje que empezaba a gastarse y a tomar un tono metálico de mosca de carnicería, en París lo cambió por ropa nueva. Las apariencias son lo único que en principio ofrecemos, pensó, y pronto le cortaba los trajes un sastre de lujo. El traje que llevaba el 22 de marzo de 1943 no podía ser mejor, pero no le caía bien. Es el esqueleto, no el sastre, pensó Polo. Bernard tenía un esqueleto grande, impertinente, incómodo.

Había mejorado con la edad: era dos años más viejo que la última vez que lo había visto Polo, y parecía más joven. Le iba bien. Le sobraba el dinero, por el momento. Tenía propiedades que defender, lo decía el portalón de la casa de tres plantas en la que ocupaba uno de los dos apartamentos del primer piso, vivienda con tres salidas y vistas a la rue du Bac y al patio interior, pasada la rue de

Babylone, buen sitio. Pero Bernard seguía estando molesto, como el día que conoció a Polo en el Hôtel Sport, como si hubiera aprendido a vivir en una silla incómoda, torcido y mal encajado en un traje espléndido. No era muy expresivo. Tenía cara de saltamontes, amplias entradas y pelo aplastado hacía atrás con brillantina y fijador.

En noviembre de 1940, en Grisolles, cuando Bernard era el animal que huye de la jauría, Polo le ofreció la oportunidad de metamorfosearse en ave canora, prolongación del cazador, y Bernard convirtió en negocio la necesidad de huir de la policía de tres países: Polo cazaba con reclamo, necesitaba un pájaro que cantara y atrajera a otros de su especie. Bernard cantó. Conocía el juego policiaco. Se ofrecía a sus antiguos correligionarios para prepararles la fuga a América, documentos a cambio de dinero, y a cambio de dinero informaba a la policía española y a la Gestapo, si la policía española y la Gestapo no eran en París la misma cosa.

Era una historia feliz y fácil de imaginar, de noviembre de 1941 a marzo de 1943, en la que Luciano Bernard se había transformado en Bernie. Lo que no sabía Polo era qué grado de intimidad lo había unido al hombre con quien compartió el apartamento de la rue du Bac, el muerto de la gare d'Austerlitz.

3

Si en Granada, una remota ciudad en el sur del hemisferio norte, a aquel individuo le habían llamado Paolo, o Corpi, o el Italiano, en el Petit Paris policial en el que se había movido antes de tirarse al tren lo conocían por Matti, solo Matti, y ni siquiera procedía de Italia, sino de Suiza. Era de Schwyz, y en ese dato coincidían él y su pasaporte, que lo identificaba como Matthias Bohle. Polo ya se había informado.

De la mesa donde apoyaban las manos y los vasos de whisky («Nos lo traen de Lisboa», dijo Bernard) desbordaban papeles prisioneros de tres pisapapeles de cristal con forma de hexaedro y, aunque olía a tabaco en la habitación, de dos ceniceros limpios capaces de fracturar un cráneo. Rodaban entre tanto papel dos habanos en tubos de cristal, llegados de Lisboa como el whisky, y una o dos navajas de relojero propaganda de la marca Moeris (no se sabía si eran dos navajas o una sola que se movía y aparecía cada vez en un sitio distinto y por una cara diferente: Montres Moeris, decía en una cara; Watches Moeris, en la otra), un cuaderno con las tapas de piel verde, un lápiz de metal con manchas de

óxido, dos teléfonos, un huevo de piedra, una guía telefónica, una lupa, un abrecartas, un podenco de bronce y una figurilla alada que sostenía un avión, más los periódicos del día, *Paris-Soir*, *Le Petit Parisien*, *Pariser Zeitung*, *Le Matin*, en lo esencial las mismas noticias que se leían en Granada, en *Patria* o en *Ideal*, firmadas por el mismo periodista internacional y único del momento, el Gran Cuartel General del Führer, emitiendo las últimas noticias del frente ruso y el frente africano, con la colaboración del Gran Cuartel General de las Fuerzas Armadas de Italia. En aquella mesa parecía caber cualquier cosa que se le echara encima: nada se movió cuando Bernard añadió al maremágnum las tres fotos que acababa de enseñarle el comisario Polo.

Olía a gato, pero no había ningún gato, o no se veía. Según Polo, las imágenes habían sido tomadas el domingo 24 de enero de 1943, en la Sala Wagram, durante los prolegómenos de un combate de boxeo, el campeonato de Francia de los pesos pesados. La cámara había enfocado a un grupo escogido de público, una alegre hermandad de gigantes, púgiles, guardaespaldas, policías, gestapistas o gángsters o las dos cosas, el orden sagrado de los pistoleros, dientes invictos, eufóricos y risueños, alguna nariz y alguna boca que parecían vistas a través de un cristal imaginario contra el que se aplastaban. Eran hombres muy tapados, con sombrero y sin sombrero, guantes y buenos abrigos cruzados y sin cruzar, para guardar cuatro o más pistolas. Polo señaló al guapo de la banda, un hombre rubio, el más bajo sin ser bajo, lo que le daba la autoridad de un niño caprichoso.

–Sí. Es Matti –dijo Bernard.

Tenían la radio puesta a poco volumen, Bernard lo creía necesario y Polo lo atribuyó a una superstición de vigilante vigilado, temeroso de micrófonos espías: el ruido de la radio perturbaría oídos ocultos en algún rincón o detrás de un calefactor, micrófonos. Tocó una pianista, sonaron canciones para el recuerdo. Radio-Paris lanzó un sermón contra los judíos: *Les Juifs contre la France*, dijo el locutor. Sonó la fanfarria introductoria. En el altavoz estallaron dos frases. Le han puesto el nombre al revés al programa, pensó Polo: debería llamarse *La France contre les Juifs*.

La lámpara se volvía más poderosa conforme se iba la luz natural. El comisario no se había quitado el abrigo. El sombrero y los guantes descansaban en una silla, ciegos, sordos y mudos. La armadura, más presente y más pesada cuanto menos visible, parecía toda oídos, toda ojos a través del yelmo vacío: tenía una cerradura a la altura del corazón y el ojo de un enano podía estar en ese momento detrás del ojo de la cerradura. La mano derecha de Polo volvió al interior del abrigo y salió con otra foto: dos individuos se sentaban en la terraza

de un café ante dos vasos. Los miraban un camarero y los clientes de las mesas vecinas, y todos disfrutaban con lo que veían: dos señores felices.

–¿Reconoce a este señor? –preguntó Polo, y apoyó el dedo índice de la mano derecha en uno de los dos hombres, alguien que podía ser el propio Polo.

–Si no me equivoco, es usted, señor comisario.

–¿Conoce a la persona que está conmigo?

Bernard no tocó la foto. Solo acercó la cara a la imagen, para ver mejor al acompañante de Polo, un hombre rubio y joven. La barba casi adolescente no lo envejecía. Llevaba el pelo muy corto por los laterales y la nuca, como los pilotos de la Luftwaffe que se veían en Armilla, en el aeródromo de Granada. El nudo de la corbata y el traje primaveral eran perfectos.

–¿Dónde se hizo esta foto? –preguntó Bernard, como si cambiara de personaje y el antiguo jerarca de la Dirección General de Seguridad de la República reviviera. Polo vaticinó que en un plazo máximo de diez años, si seguía vivo, Bernard ocuparía la subsecretaría general de algún ministerio en Madrid.

–8 de junio, Granada, Corpus Christi, 1939, Año de la Victoria, si lo prefiere.

–Si no me engaño, Matti estaba en Argentina en 1939, en Buenos Aires. Así que, por mucho que se parezca, ese individuo no es Matti, perdón, Matthias Bohle.

–¿Está seguro?

–Era mi socio. Me atrevería a decir que era mi amigo. Compartíamos esta casa.

Había otro problema. Paolo Corpi, cuando Polo dejó de verlo en septiembre de 1940, podía tener veintisiete o veintiocho años, pero en 1943, en la foto del boxeo, parecía ser más joven que en 1940. ¿Corpi no era Bohle? París sentaba bien a sus habitantes ocasionales: el Bernard de 1940 había sido cinco años más viejo que el de 1943. Ahora Bernard hablaba de un tal Matthias Bohle, pero Polo veía en la foto a su amigo traidor, Paolo, Paolo Corpi. ¡En París il bello Corpi se había convertido en il bello Bohle, der schöne Bohle! Y ahora estaba muerto, se había ido como se fue de Granada, de repente, como se va la juventud: un instinto especial lo movía a desaparecer en el momento en que sus socios ponían en él la máxima confianza.

Bernard miró el reloj. Ahora eran más intensas las sombras y más viva la luz de la lámpara sobre las fotos. El ojo mágico-ciclópeo indicador de sintonía de la radio brillaba verde en la habitación cada vez más oscura. Se acercaba la hora del camuflaje de luces, las siete y treinta y cuatro de la tarde: cada día la

Kommandantur fijaba una hora distinta con variación de pocos minutos, todo París atento a las órdenes militares y a los bombardeos aéreos. Pronto habría que correr las cortinas, cubrir las ventanas con telas azules a la espera del toque de queda.

–¿Me permite asomarme a la habitación de Bohle? –preguntó Polo después de beberse de un trago el whisky que quedaba en el vaso.

–Ya ha estado la policía –dijo Bernard, y no se movió. Casi no había tocado su whisky, pero entonces se mojó los labios y aprovechó el gesto de acercarse el vaso a la boca para volver a mirar el reloj.

–Si es tan amable... –Polo se había puesto de pie y se dirigía a la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores, como si conociera la casa y buscara un dormitorio donde echarse un rato. Parecía cansado. Sus movimientos recordaban los de esa gente que ha paseado durante horas por una ciudad mal conocida.

–Como quiera –dijo Bernard.

Encendió la luz. Estaban en un salón que era una réplica del salón donde habían mirado fotos como quien participa en una reunión familiar en torno a una mesa y una lámpara recordando a los desaparecidos y a los difuntos. Y los difuntos, todos los que se habían abrazado, evitado y peleado en aquella casa, se ocultaban ahora entre la multitud de cosas que poblaban las habitaciones.

Era un piso grande en el que todo se duplicaba. En vez de atravesar un pasillo iluminado por tulipas amarillentas, con cuatro cuadros en el suelo y vueltos contra la pared como en un desván o un anticuario, se diría que habían atravesado la luna de un espejo, y dentro del espejo habían encontrado un mundo a primera vista menos anárquico, más limpio, sin papeles encima de una mesa sobre la que reinaba un podenco de bronce entre tres pesados ceniceros, y contra la pared otra radio RCA Victor, pero apagada, y otra vez el mismo pandemónium de mobiliario inútil, el desorden profesional de un guardamuebles o una trapería, el botín de una plaga de desvalijamiento de casas ricas, el tesoro del emperador de la chatarra. Qué desagradables los candelabros de iglesia que no están en la iglesia, pensó Polo. Había cuadros en las paredes y en el suelo, amontonados contra la pared y dentro de la chimenea apagada, y en las paredes la marca de otros cuadros que ya no estaban allí, y el omnipresente olor a gato invisible, y una bombona de oxígeno. El caos provisional de la habitación paralela donde había hablado con Bernard alcanzaba en el segundo salón el nivel del caos definitivo, lo que desmentía que Corpi pudiera ser Bohle. A Corpi le gustaba la

gente que acaba lo que empieza, y Bohle se había tirado al tren dejándolo todo manga por hombro.

Pero en cuanto Bernard encendió la lámpara del dormitorio de Bohle, Polo reconoció el carácter funcional y práctico de l'ingegnere Paolo Corpi, un hombre de negocios al fin y al cabo: buenas maderas, racionalidad rectilínea, tonos marrones y verdes, teléfono a mano, cerca de la cama. ¿No había ni un papel? ¿Ni un tubo de pastillas para el dolor de cabeza? En aquel cuarto el olor a tabaco era más intenso. Alguien había vaciado los cajones de la mesita de noche y del escritorio, sobre el que quedaban dos paquetes empezados de un tabaco marca Raleigh, rubio americano, y un cenicero que imitaba una bañera con una etiqueta roja estampada: Byrrh. Pero el armario conservaba la ropa blanca, las camisas, las cajas de zapatos y sombreros, unas ochenta o noventa corbatas, nueve trajes. La corpulencia invernal de los trajes vacíos del muerto se extendió al dormitorio como un olor.

–¿No tenía abrigo? –preguntó Polo.

Sonó el teléfono en ese instante y Bernard dio dos pasos para descolgarlo. ¿Esperaba una llamada a esa hora exacta?

–C'est Bernie –dijo Bernard al aparato, y ya había colgado sin despedirse cinco segundos después.

A través del auricular taponado por la oreja, Polo creyó oír muy lejanas tres palabras y, si acaso, solo distinguió la mitad. Insistió:

–¿No tenía abrigo?

–Lo llevaba puesto cuando murió –dijo Bernard.

Las etiquetas de seis de los trajes pertenecían a un sastre de Buenos Aires, a un sastre de Zúrich y a un sastre de París, de la rue Marbeuf, que había hecho cuatro ternos completos, chaqueta, chaleco y pantalón. A los otros tres trajes les habían descosido las etiquetas. Polo hundió el brazo en un estante que parecía vacío y sacó la caja de una pistola. No había que abrirla para saber que estaba vacía.

–Buena tela y buen corte –dijo Polo–. ¿Y la Walther?

–Matti la llevaba encima. La tiene el juez. La he reclamado.

–¿Siempre llevaba la pistola?

–Hay guerra, ¿no?

–¿No tenía más armas?

–No que yo sepa.

–¿Y el gato?

–Se lo llevó Nicole hace dos días.

–¿Nicole?

–Nicole Dermitt, la novia de Matti. ¿Me permite una curiosidad, señor comisario? ¿A quién está buscando?

–A uno que no se llevó un gato. Se llevó cuatro kilos de oro. Y una pistola que era mía, una Ruby, no valía mucho. Estoy en el Hôtel Barbicane para lo que usted necesite. Ah, antes de que me diga dónde he dejado mi sombrero, ¿sería posible ver las navajas de afeitar del señor Bohle?

4

Las fotos de Matthias Bohle en el boxeo habían sido reveladas en la remota Granada, a unos 1.700 kilómetros de la rue du Bac, y procedían de un documental fabricado en Berlín.

5

Dieciséis días antes, el sábado 6 de marzo de 1943, llovía en Granada cuando, a las diez de la noche, en el despacho del director del periódico *Patria* tendieron una sábana blanca sobre la biblioteca como si amortajaran a los libros, y cerraron las ventanas a la calle Oficios, frente a la Capilla Real y la sacristía de la parroquia del Sagrario. En aquella calle confluían la Santa Madre Iglesia Católica y el Movimiento Nacional, los dos vértices españoles del Nuevo Orden Europeo. Apagaron las luces. A toda velocidad trepidó el Zeiss Ikon, proyector alemán de 16 milímetros. Los invitados al despacho del director del periódico del Movimiento iban a ver antes de su estreno en los cines un reportaje producido por el III Reich. Olía a tinta y plomo fundido, pero a esa hora no retumbaba todavía rítmicamente la rotativa de *Patria*, máquina también alemana, una Koenig-Bauer, 14.000 kilos robados a un periódico republicano de San Sebastián que ya no publicaría más insensateces criminales.

Apareció en la fantasmal sábana luminosa el mariscal del Reich Hermann Goering. ¡Feliz cincuenta cumpleaños, Reichsmarschall! ¡Feliz 12 de enero de 1943! Genio de la invención y la organización, eminente nazi de la primera hora, con innatas facultades para realizar e improvisar, el Reichsmarschall Goering encarna y justifica la fe del pueblo alemán en la victoria.

A las imágenes les habían bajado el sonido, pero una sombra con voz y auriculares traducía al español la épica entusiasta del documental y la

transformaba en el monótono discurso tecnocrático de un ingeniero que explicara los secretos más profundos de la fabricación del hormigón armado. Nativo de Korneuburg, a las afueras de Viena, el ocasional intérprete cinematográfico sufría una deformación profesional de rutinario profesor de idiomas, educador en alemán de los hijos de buena familia que querían completar los estudios de Derecho, Filosofía o Medicina en Heidelberg, Friburgo y Berlín, las universidades de moda. Herr Viena le llamaban, y no por su origen vienés, sino porque le veían cara de pan de Viena miope, la tuviera o no.

La noche del 6 de marzo traducía la película alemana para un grupo selecto de invitados: tres jefes principales del Partido, el cirujano de la plaza de toros, un canónigo de la catedral, un catedrático de Historia Antigua, un catedrático de Derecho Romano y un industrial tabacalero-azucarero, además del perro del industrial, acompañaban al director de *Patria*. De reconocido gusto y criterio, todos menos el perro admiraron acerías y aviones, vibraron en el frente ruso, volvieron a París cuando enero se iba y en el haz de luz del proyector se mezclaban las partículas del mundo en desintegración y el humo de tabaco.

¡Gala en el Palais de Chaillot! ¡Celebración del X aniversario de la toma del poder en Berlín: Hitler, canciller! Una pancarta llenó la pantalla, la fachada del palacio parisino: *Wir werden siegen, weil uns Adolf Hitler führt*. Venceremos porque Adolf Hitler nos guía. Y, sin salir de París, acabaron con deportes, domingo 24 de enero, Sala Wagram, gran gala boxística, campeonato de Francia de los pesos pesados, el campeón Ricol contra el aspirante Rutz. La luz de la sábana relampagueaba en las gafas del traductor de alemán, y al industrial del tabaco y el azúcar se le cortó la respiración y se le paró la sangre.

¿A quién había descubierto transformado en actor de cine? En la pantalla, entre los camaradas del aspirante al título, banda imponente de boxeadores, guardaespaldas, ladrones o policías, distinguió al Italiano: el bello Paolo parecía un niño dominante entre sus hermanos mayores mucho más fuertes, y el magnate tabacalero no supo quién ganó el combate. Una nube en los ojos y las palpitaciones le impidieron ver cómo el árbitro levantaba el puño del aspirante amigo del Italiano, vencedor por KO técnico en el octavo asalto.

No vio la ceja abierta del campeón destronado. Para sangre ya tenía la suya, que se le había subido a la cabeza. No oyó los aplausos del reducido y escogido público del que formaba parte aquella noche.

Al día siguiente, domingo 7 de marzo de 1943, cuando el reloj de la catedral daba la una de la tarde, el comisario Polo llamó a la casa del industrial Juan

Salas Martialay y la puerta se abrió inmediatamente al fondo del zaguán que, protegido de noche por una verja con dos cerraduras, daba a la calle de las Tablas. Esperaban al visitante. La mano invisible de una criada tiró del pestillo de la puerta desde la galería de la primera planta y funcionó un dispositivo de poleas cuya pieza esencial era un cordón. No ladró el perro, fino de nariz. También el perro esperaba, y había reconocido el olor y los pasos amigos aunque hacía casi dos años que el comisario no pisaba aquella casa.

Polo se acercó como otras veces a la fuente de mármol, un círculo en el centro de un patio escoltado por columnas dóricas, y miró al cielo. La casa de la calle de las Tablas seguía pareciendo silenciosamente vacía, y el ruido del agua invitaba a distraerse divagando o pensando en el paso del tiempo. La mañana era buena a pesar de las nubes. Y entonces, como tantas veces en otra época, una ventana se abrió y Salas Martialay saludó con la mano, sin palabras, invitando al comisario a subir a su despacho.

Lo esperaba al final de la escalera, vestido como si acabara de llegar de misa de doce en la catedral, y Polo sabía que acababa de llegar de misa de doce. «Mi querido comisario», dijo, y con la mano le señaló la puerta de su sanctasanctorum, donde, aparte del perro, pocos entraban. Recibía a socios y clientes en otro sitio, muy cerca, en las oficinas de la azucarera-tabacalera, en la calle Alhóndiga. Habían encendido la chimenea y cerrado los balcones, con los postigos de par en par para que entrara la luz.

«Quítese el abrigo, póngase cómodo», dijo Salas. Y, quizá como parte de la invitación a liberarse de la ropa pesada, él mismo se quitó la chaqueta y se dejó el chaleco, abotonado sobre la camisa muy blanca y planchada y rematada por un cuello y unos puños impecables con gemelos de oro. La corbata era negra, luto por Salas padre, muerto de repente al inicio vigoroso y fecundo de la vejez, y a Salas padre pertenecían las iniciales grabadas en los gemelos. El perro miraba a Polo, que dejó el sombrero en una silla y no se quitó el abrigo para sentarse en la butaca opuesta a la butaca del dueño de la casa. Salas, Polo y el perro fingieron que estaban acostumbrados a reunirse todos los días, aunque hacía más de veinte meses que el industrial evitaba al comisario.

Bebieron cerveza y hablaron del tiempo. «No está fría», dijo Salas hijo. Y tenía razón, las botellas salían de un cubo de hielo medio derretido, pero Polo no atribuyó a la temperatura de la cerveza las tres arrugas paralelas que cruzaron la frente del industrial. En un signo de interrogación o de impaciencia, los labios de Salas se contrajeron y dejaron ver los dientes: ansias de morder más que de

hablar. Las cejas cayeron como en un gesto de embestida. El industrial era cazador.

–Querido amigo –dijo Polo–, a usted le preocupa alguna cosa. ¿Quiere que me vaya de la casa que le alquilé a su padre? ¿Para eso me ha llamado con tanta urgencia?

Los retratos del señor Salas padre y la señora Martialay de Salas, en chaqué y traje de noche y condecorados por Su Majestad Alfonso XIII, se concentraron en aquel sabio treinta años mayor que su hijo, y también el perro sin orejas ni rabo clavó los ojos en Polo, aunque no movió su postura de esfinge cruce de mastín y podenco. Tenía unos dedos que parecían saber escribir a máquina, pero, de buena voz en el monte cuando acosaba jabalíes, era muy lacónico en el trato con la humanidad. Su dueño tampoco habló: parecía que se le había encasquillado algún secreto en el pecho de atleta cazador acostumbrado a decir lo que le da la gana. Era como si Salas hijo hubiera perdido el aire vitalicio de seguridad inviolable que respiraba desde la cuna.

Miró a Polo con ojos de caja registradora, de animal que no olvida nada, se bebió de un trago media jarra de cerveza, se levantó y fue a la mesa de despacho, digna de un monarca absoluto. Volcó contra la mesa el portarretratos con la foto de su mujer y sus dos hijas. ¿No quería que vieran lo que el cabeza de familia iba a hacer? Un individuo impresionable que observara la intrepidez con que abrió el primer cajón podría haber sospechado un gesto fatal: una pistola, un tiro, el arrebato suicida. Alguien correteó por el piso de arriba, sobre el despacho, cuatro pies ligeros, de muy pocos años, como si las niñas gemelas del industrial volaran a detener la mano aniquiladora de su padre, que solo descolgó el teléfono para marcar una única cifra.

–Las niñas –dijo, y se acabaron las carreras, la trepidación del techo.

Lo que la mano sacó del cajón no fue una pistola, sino un trozo de película, quince o veinte fotogramas que tendían a enrollarse como una culebra o un muelle que quiere volver a su primitiva forma espiral. El industrial encendió la lámpara de mesa.

–Mire usted esto. ¿Ve usted a quien veo yo?

La estatura excepcional del comisario se inclinó y volvió a inclinarse sobre la lámpara para repetir el examen de los actores que protagonizaban la película.

–Tendría que llevarme los fotogramas, positivarlos, estudiarlos mejor. Pero, si está usted pensando en quien yo pienso, podría ser, podría ser que veamos lo mismo, mi querido amigo.

No esperó Polo al lunes. En cuanto salió de la casa de la calle de las Tablas

fue al Bar Restaurante Los Mariscos. Sabía que allí encontraría al fotógrafo con el que prefería trabajar.

6

Polo pasó parte de la tarde de aquel domingo en Foto Lapido, el estudio de la calle Sancti Spiritu con escaparate a la calle Reyes Católicos. El fotógrafo convirtió los fotogramas de película en instantáneas de una banda de amigos en un combate de boxeo en París y amplió otra imagen: dos hombres disfrutaban en Granada de un día primaveral en la terraza de un café.

Uno de los dos hombres estaba en ese momento en Foto Lapido: era el comisario. Pero también su compañero de café tenía cierta presencia aquel domingo en el estudio fotográfico: aparecía en las imágenes del grupo parisino de aficionados al boxeo. ¿Podía asegurarse que el individuo de París era el mismo que se sentaba con el comisario en la terraza del Café-Lechería Bib-Rambla? ¿Había truco en los fotogramas del documental alemán? Polo conocía la potencia falsificadora de las artes fotográficas. Había verificado más de una vez el efecto que causa en los acusados la presentación de una foto en la que inapelablemente se les ve participar en una reunión que jamás se celebró. Una foto así produce también un impacto fulminante en el juez: la confusión del reo ante su imagen en un sitio en el que niega haber estado, y en el que es verdad que no ha estado nunca, prueba de modo irrefutable su disposición a mentir, es decir, su culpabilidad.

El comisario requirió la opinión del profesional, un artista del montaje fotográfico y, en su vertiente más pública y popular, un fabulador capaz de transformar a cualquiera en un duplicado de Greta Garbo o de Clark Gable.

–No hay truco. Son la misma persona –sentenció el experto.

El individuo en cuestión era anormal, monstruosamente simétrico. No es común un esqueleto tan fino ni tanta simetría, dijo el fotógrafo, y fue señalando las dos hoces que dibujaba en las sienes el arranque de la cabellera rubia, las arrugas gatunas de la frente, la suavidad de los arcos superciliares sobre unos ojos quizá demasiado cargados de impaciencia, los pómulos, la uve invertida sobre la pirámide nasal, la línea de separación entre los cartílagos de la nariz, protuberantes, impertinentes como las orejas. Bajo el surco nasolabial, muy marcado, los labios, retadores, proyectaban un punto de sombra bajo la boca.

Una hendidura remataba el mentón trapezoidal. ¡Il bello Paolo Corpi era en París un astro cinematográfico! Polo se rió sin ruido, sin una palabra, sin un gesto.

La barba rubia que Corpi había lucido en Granada, siempre incipiente, empenada en ser eternamente lampiña y juvenil, ni siquiera escondía la hendidura del mentón y no había sido un impedimento para que el fotógrafo reconociera a la misma persona en la foto granadina y en las imágenes de París. Pero, aparte de la barba, liquidable en tres pases de cuchilla, existía una diferencia radical entre los dos individuos, el del boxeo y el del café, Corpi y su doble: si todo el mundo presumía en Granada de tener al Italiano por amigo, quien se viera obligado a admitir que conocía a los sujetos de la escuadra parisina, incluyendo al sosias de Corpi, probablemente sentiría la necesidad inmediata de aclarar que no eran amigos suyos. Polo, además de a Corpi, había creído identificar a dos de aquellos aficionados al boxeo: ¿alguna vez pasaron por la Oficina Española de París en los días en que el comisario montaba su red de soplones en Francia? ¿Quiénes eran? Si Corpi era Corpi, no andaría lejos del Bureau Espagnol. En el pequeño París de Polo, su Petit Paris Policier, todo el mundo se conocía.

Paolo Corpi era consciente de gustar a hombres y mujeres, y alguna vez se le notaba, lo que no hacía que se le apreciara menos. Era joven: Polo le calculó veintisiete años cuando llegó a Granada en 1938, y Polo tenía fama de adivinar la edad de una persona en las líneas de la frente. Corpi cultivaba una leyenda de vida intensa, bélica, secreta, de espía o quién sabe qué. Había estado en la toma de Málaga por las tropas de Mussolini. De Málaga llegó a Granada, o eso contaba en alemán, español, italiano y francés. ¿Cuántas lenguas sabía aquella Babel humana? Todos los idiomas civilizados, dijo un día. Los mismos que un apóstol en Pentecostés, dijo una noche. El alemán era su lengua materna, nativo de Bolzano, en el Südtirol de Italia, o eso dijo. Había representado en España a la Deutsche Zeppelin-Reederei, a la Deutsche Luft Hansa AG y a los estudios cinematográficos UFA. (O eso decía: en 1943 cada uno de sus méritos se había convertido en un motivo de sospecha.) En Granada conoció a todo tipo de personas, hizo negocios con lo mejor del mundo conveniente e inconveniente. En aquellos días era difícil sentarse a una partida de póquer en la que por lo menos uno de los jugadores no hubiera matado a alguien.

Pero exhibía una inocencia instintiva, al margen de todo lo que supiera, que sabía más que nadie. Buscaba, y quizá había encontrado, una fórmula matemática para ganar a la ruleta. De una de sus noches de póquer sacó, y le

regaló a Polo, algo sobre una banda que planeaba el atraco al Banco Hispano-Americano, en plena Gran Vía. La policía mató a tres bandoleros en una casa del callejón del Pretorio. Es la degradación de la guerra, dijo Corpi. Los soldados enemigos se habían convertido en bandoleros, atracadores, terroristas anarcocomunistas.

Era joven, y quien estaba con él se sentía joven aunque ya no lo fuera. El millonario tabacalero-azucarero Salas Martialay fue su amigo más íntimo: deportista, cazador, incluso había cazado hombres en la misma guerra que curtió a Corpi. Se hicieron inseparables. Nada había especialmente molesto en la vida del industrial, y con Corpi compartió una misma disposición a la felicidad. Los dos eran muy suyos, incluso en sus caprichos de entregarse a quienes les daba la gana. Pero, Polo lo había visto, a veces Corpi se abstraía, parecía acordarse de cosas que había dejado pendientes en otro sitio. Se fue sin despedirse, y el industrial, contra todos sus principios y todos sus hábitos, se sintió dolido, estafado como una novia abandonada.

Cuando el comisario volvió de Francia en abril de 1941, Paolo Corpi acababa de desaparecer. Salas Martialay no solo mantenía una sincera ficción de amistad con el comisario: era también el dueño de la casa que Polo tenía alquilada en la calle de Gracia. Pero dejó de recibir a su inquilino y amigo. ¿Por qué se distanció el magnate? ¿Por qué se volvió esquivo, como si en presencia del comisario lo cubriera una nube? ¿Le dolía el amor arruinado y Polo le traía el recuerdo del traidor? Polo le había presentado al Italiano. Polo había introducido en su vida a Paolo Corpi, la decepción amorosa, la primera decepción amorosa en la vida de un privilegiado al que nadie le había dicho nunca no. Jamás.

7

Olía a humo de madera un poco verde en el despacho de la calle de las Tablas, a las siete de la tarde del lunes 8 de marzo de 1943. El perro esfinge tenía los ojos llorosos, pero los clavó inmediatamente en aquel hombre de un tamaño excepcional que acababa de llegar y tanta veneración le provocaba: el comisario. Además de a humo agrio, olía a coñac y, al alcance de la mano del dueño de la casa, una botella y una copa reflejaban las llamas de la chimenea. El comisario no quiso beber.

Desplegó sobre la mesa el material investigado: fotogramas de 16 mm de un documental de los servicios de propaganda del Reich, cortados a tijera por el

industrial Salas en las dependencias del periódico *Patria* y convertidos en la calle Sancti Spiritu en postales de un grupo de actores de cine o criminales famosos. A quien parecía el principal de la tropa, el más iluminado desde su propio interior o gracias al azar de los focos cinematográficos, el fotógrafo de Sancti Spiritu, un experto en la producción y reproducción de imágenes auténticas y falsas, le había dedicado retratos individuales, con sombrero y sin sombrero, primeros planos, recortando y aumentando convenientemente la imagen, diluyéndola o glorificándola en un aura angélica, como de ánima que se dirige al paraíso, mitificándola, cámara de Hollywood frente a una estrella. Cuando Polo admitió la muy alta probabilidad de que aquel astro del cine fuera un doble o un sosias del bello Paolo Corpi, el perro cerró y abrió los ojos, y Salas se echó coñac con ansia. Polo volvió a rechazar una copa.

Había llegado el momento sadomasoquista de la confesión, el sufrimiento de recordar lo imposible de olvidar, un mal recuerdo, un recuerdo patógeno, algo de lo que uno evita hablar consigo mismo, no digamos con los otros: el momento de la sinceridad destructiva, denigrante y vergonzosa, el tormento personal de sacar a la luz un secreto indecible en público, aunque el público fuera una sola persona y una persona tan discreta como el comisario. Salas, el penitente a punto de humillarse y exhibirse desnudo, se transmutó: ahora miraba a Polo con ojos de máquina de picar carne. ¿A quién quería matar? ¿A quién quería hacerle pagar los malos recuerdos? Acostumbrado a que nada le fuera imposible, si alguna vez se hubiera empeñado en cambiar de sitio una montaña no habría atribuido la inmovilidad de la mole geológica a la fuerza de la naturaleza, sino a una debilidad personal, una flaqueza de su propia voluntad, que no solía detenerse ante nada.

Se sentiría eternamente culpable, jamás se perdonaría no buscar, encontrar, destrozarse al Italiano, pulverizarlo, desintegrarlo, dejarlo como si le hubieran pasado por encima todos los vagones de un tren de mercancías, dijo. Y en cuanto empezó a hablar de negocios, el industrial tabacalero-azucarero recuperó su plena potencia arrolladora. Ocuparse de cuestiones materiales, prácticas, es el mejor antídoto contra la reflexión, los miedos, las dudas y todo lo que se interponga en el camino del triunfo.

—¿El bello Paolo? No era un cabrón. Era un auténtico hijo de puta y además era un cabrón —proclamó el industrial tabacalero-azucarero, y parecía recitar unas sagradas escrituras.

Movilizó las orejas el perro en señal de alerta, como si husmeara entre las

zarzas a un jabalí: lo más expresivo que tenía eran las orejas, cortadas para evitar en las cacerías mordiscos y desgarros.

8

Salas y Corpi habían sido inseparables. Corpi usó las escopetas de Salas en cacerías que suplantaron las emociones de la guerra: juntos mataron al jabalí y mataron al corzo, compartieron perro, de la mesa de juego pasaron a la mesa de negocios, del tapete verde al cálculo de beneficios. ¿Qué había sido aquello? ¿Un enamoramiento? El amor vuelve idiotas a sus víctimas, pero ¿quién iba a suponer a Salas, un campeón de las finanzas y la industria, víctima de la imbecilización amorosa?

–El cabrón hijo de la gran putísima desapareció, y podía haber desaparecido antes. No me gusta joder a nadie pero tampoco me gusta que me jodan, usted me entiende, mi querido comisario, y disculpe la forma de hablar. El caso es que con él desaparecieron cuatro kilos de oro, y el oro era mío.

No abrió la boca el comisario, sino un poco más los ojos, impasibles y más grises que otras veces, invulnerables a las llamas y el humo de la chimenea, de otro mundo. La reacción no obedecía a la sorpresa. Solo era una invitación a que el declarante siguiera hablando, el gesto que se le hace a un niño para que acabe de comerse un plato poco apetitoso.

Estaba claro. Si Corpi había desaparecido con el oro en 1941, hasta esa fecha el oro se guardaba en la caja fuerte de la familia Salas, y en ese caso se trataba de oro criminal: la obligación de declarar y entregar al Estado, en concepto de depósito, el oro en poder de particulares seguía vigente. Y era oro hipócrita: los Salas se habían sumado desde el primer momento a la Guerra Santa anticomunista de 1936 con la misma generosidad con que, en la órbita empresarial, ofrecían su incondicional entusiasmo a todo lo que pudiera reportarles beneficios. Salas padre y Salas hijo habían participado en todos los fervores patriótico-católicos del Nationale Bewegung, que era como le llamaba el Salas joven al Movimiento Nacional, fórmula aprendida en la Alemania de 1934. La madre, doña Luisa Martialay de Salas, ofreció heroicamente su joyero a la patria. Y ahora surgían cuatro lingotes de oro clandestino que se transfiguraba en inmundicia, como en esos números de prestidigitación en los que dentro de un sombrero un as de diamantes se vuelve un conejo.

–Corpi me robó –añadió Salas para romper el silencio del comisario.

¿Eso era? ¿El novio había huido la víspera de la boda con las joyas de la novia, cuatro lingotes de oro, cuatro kilos?

–¿Qué quiere que haga yo? Me quedan dos días para jubilarme. Hable con sus abogados –dijo Polo por fin, y parecía cansado de que el perro lo mirara como lo miraba–. ¿Está usted denunciando un robo que tuvo lugar hace dos años? ¿Una estafa? ¿Una deslealtad entre socios?

–No.

–¿Me está confesando que ha infringido la ley de delitos monetarios? ¿Me está pidiendo que lo encubra? Entonces, ¿qué? ¿Me lo llevo a comisaría ahora mismo? ¿A santo de qué? ¿De qué oro hablamos? Si no lo tiene, ese oro ya no existe.

No se trataba de una denuncia ni de una confesión, aclaró Salas. Pero si el comisario consideraba que el hombre de París y Paolo Corpi eran la misma persona, ¿cabía la posibilidad de que el comisario, que conocía París, donde había trabajado siete meses, fuera a buscar a Corpi? No sería nada oficial, solo un asunto privado, el cobro o el pago de una deuda aplazada, algo inventaría el comisario. El oro era lo de menos: si encontraba el oro, Polo podía ponerlo en manos de las autoridades monetarias.

–No acostumbro a pedirle nada a nadie. Pero usted me presentó a Corpi. Por usted entró Corpi en esta casa. ¿Me permite pedirle algo que nunca admitiré haberle pedido y que ni usted va a oír?

–Querido Salas, por favor.

–Mate al jabalí. Mate al guarro. Por mí. Mátelo.

El comisario soltó una carcajada de taberna de cazadores en pleno zafarrancho alcohólico y Salas se sumó a las risas con la autoridad que le concedía más de medio litro de coñac ingerido entre las tres y las siete y media de la tarde.

–El oro era parte de la herencia materna de mi mujer –dijo entonces Salas, y ya no se reía. La mujer de Salas, Isabel Meyer de Salas, tenía fama de invisible: en el otoño de 1940 desapareció de la vida social. Rubia platino, de aspecto sajón y de una belleza tan pura que casi era una enfermedad, alguna lengua bífida la acusaba de ser tuberculosa.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© Justo Navarro, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4002-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

1. Han descubierto que la fuente de la juventud / es una mezcla de gin y vermut.
2. Si hay dos, hay un traidor. ¿Por qué cree que he elegido la soledad? (*Risas*)... El comercio con los hombres es muy peligroso.
3. Nosotros, unos pocos, los pocos felices, una banda de hermanos.